

ENTREVISTA | Nadia Comaneci

"Mi hijo es mi mejor 10, mi ejercicio perfecto"

La 'Reina de Montreal' integra el jurado de los Premios Laureus, que mañana se entregan en San Petersburgo. La ex gimnasta rumana sigue buscando la



perfección.

Héctor Martínez | 17/02/2008

Elegimos a los mejores del año, pero, si hubiera un galardón para el mejor de la historia, ¿a quién se lo daría?

Es difícil, pero si debo elegir, me quedo con Muhammad Ali, por su dimensión deportiva, social y humana. En todas ellas ha sido grande.

En el jurado hay dos españoles, Seve Ballesteros y Miguel Indurain, con los que no sé si tiene una buena relación.

Claro que sí. Son muy cercanos, unos deportistas extraordinarios que dejaron su huella. Y compartimos aficiones.

¿Cuáles?

Pues el ciclismo y el golf (risas). Son dos deportes que practico, aunque mejor hacerlo sin que ellos estén delante.

Echemos la vista atrás, hasta los años sesenta, cuando usted empezaba a hacer piruetas. ¿Existía algo más que la gimnasia?

Sí. Desde muy pequeña me gustó practicar cualquier deporte. Me encantaba el esquí, la natación. Y el fútbol.

¿Una Hagi en femenino?

No tanto. Conozco a Gheorghe (Hagi), un futbolista extraordinario al que me une una buena amistad.

Volviendo a la gimnasia, ¿llegó a pasar hambre?

Nunca sufrí por no poder comer algo, pero había que cuidar mucho la alimentación.

¿Fue consciente de que alguna vez le dieran productos para retrasar su crecimiento?

No. No creo que yo haya tenido un crecimiento anómalo. ¿Me ve usted mal?

No.

Pues ya está. Hay muchas mentiras y malentendidos en lo que rodea a la gimnasia.

Pero no sé si usted hubiera alcanzado la perfección de haber crecido en otro país que no fuera la Rumanía de los 70.

Yo tampoco lo sé. Lo que sí sé es que los métodos de trabajo fueron excelentes.

Años después, al alcanzar la adolescencia, fue menospreciada por Nicu Ceaucescu, el hijo del dictador. ¿Maldijo haber sido la Reina de Montreal?

Nunca. Es lo más grande que me pasó. Un recuerdo imborrable que sólo tuvo efectos beneficiosos en mi vida.

Una vida que a partir del 28 de noviembre de 1989 cambió de rumbo con su fuga de Rumanía. ¿Cómo lo hizo? He leído múltiples versiones.

Ya lo conté en mi libro Cartas a una Gimnasta Joven. No tengo nada más que decir.

Juguemos a ser jueces. ¿Podría calificar, de cero a diez, su grado de felicidad en las siguientes etapas de su vida? La niña descubierta en 1968 por el preparador Bela Karoly.

Un 10.

La gimnasta que en Montreal asombró al mundo, con sus siete dieces.

Un 10. Como ya le dije antes, es el mejor recuerdo.

La casi adolescente que compitió en Moscú 80, donde la rusa Davidova la superó en la general individual.

Un 9. Aquel día, Yelena simplemente lo hizo mejor.

La época en que, según la revista Newsweek, disfrutó en Rumanía de una villa, una dacha, joyas, sirvientes

Pare, pare, prefiero no hablar de esos años.

¿Ni de su relación con Nicu Ceaucescu?

Mejor no recordarlo.

Pero califique al menos cuando llegó a Hungría tras haber escapado de Rumanía.

Ahí le pongo un 9. A partir de entonces volví a ser feliz.

Volvemos a 2008. Dirige junto a su marido una escuela en Oklahoma, con más de 1.000 alumnos, y es, entre otros cargos, vicepresidenta del Consejo de Dirección de Olimpiadas Especiales o de la Asociación para la Distrofia Muscular. Puso en marcha en Bucarest una clínica para huérfanos. Ayuda a los desfavorecidos.

Es lo que más me importa. Tengo que aprovechar todo lo que me ha dado el deporte para ayudarles. Vivo en Estados Unidos, pero todos los meses viajo a Rumanía.

Y a Montreal, ¿ha vuelto?

Muchas veces. Cada vez que lo hago, una sensación especial recorre mi cuerpo. Fui feliz.

Y lo sigue siendo, sobre todo desde que en 2006 nació su hijo Dylan Paul.

Ése es mi 10 perfecto. Mi mejor ejercicio.

Su nombre, Nadia, se inspira en Nadezhda, que en ruso significa esperanza. ¿Cuál es la suya?

Que pueda seguir trabajando para los más necesitados. Y disfrutando del deporte, que ha sido mi vida.